



# En días idénticos a nubes

Ana Pérez Cañamares

Ediciones de  
**BALANCE DEL SOL**  
Narrativa

# EN DÍAS IDÉNTICOS A NUBES

Ana Pérez Cañamares



*Para Gara, a punto de vivir su adolescencia.  
Y para todos los que me acompañaron en la mía  
y siguen conmigo en estos relatos.*

*Adolescente fui en días idénticos a nubes  
cosa grácil, visible por penumbra y reflejo  
y extraño es, si ese recuerdo busco,  
que tanto, tanto duela sobre el cuerpo de hoy.*

*Perder placer es triste  
como la dulce lámpara sobre el lento nocturno;  
aquel fui, aquel fui, aquel he sido;  
era la ignorancia mi sombra.*

*Ni gozo ni pena; fui niño  
prisionero entre muros cambiantes;  
historias como cuerpos, cristales como cielos,  
sueño luego, un sueño más alto que la vida.*

*Cuando la muerte quiera  
una verdad quitar de entre mis manos,  
las hallará vacías, como en la adolescencia  
ardientes de deseo, tendidas hacia el aire.*

Luis Cernuda

*La adolescencia es cosa bárbara, es comerse con la mirada los langostinos crudos que se ven en las pescaderías, querer cazar osos blancos en los escaparates de las peleterías, pedir un periódico que no se vende nada y que no tienen en el puesto de diarios, temer convertirse en regadera y creer que una mujer hermosa pura y vacante nos va a detener en la calle para decirnos que nos adora.*

Ramón Gómez de la Serna

## ADRIANES Y TRISTEZAS

Sergio es mi hermano mayor. Él tiene veinte años y yo tengo trece. Este año estamos pasando las vacaciones solos, en la casa que mamá tiene en Menorca. Sergio es pintor. Aunque él no lo diga lo digo yo, porque pasa horas y horas pintando. Casi siempre tengo que recordarle que es la hora de comer o que ha quedado con alguien en el pueblo, porque se olvida de todo cuando se encierra en su taller. El taller ocupa la parte más alta de la casa. Está lleno de botes, pinceles y lienzos (así llama Sergio a los cuadros), que se amontonan unos sobre otros. Mi hermano es muy vergonzoso con lo que pinta y casi nunca lo enseña. Yo soy la única persona en el mundo a la que le permite estar delante; me meto aquí y él me mira con aire despistado y luego me pregunta si yo también quiero pintar. Pero a mí lo que me gusta es sentarme en el suelo con la espalda apoyada en la pared, el olor de las pinturas me marea y también me marean los colores de los lienzos, los azules, los marrones, el verde. Le veo moverse de uno a otro, ensimismado, lleno de energía, mientras el sol entra por los ventanales y las sombras cruzan lentamente la habitación, empujando la luz de unos cuadros a otros.

Papá y mamá están separados. Lo digo por costumbre, porque todo el mundo nos pregunta siempre qué hacemos

los dos solos aquí. Pues papá encontró un novio y mamá encontró una novia. No, qué digo, al revés. La cuestión es que querían estar solos con sus novios y me pidieron que pasara el verano con Sergio. Yo, feliz. A mí me gusta estar con él, sobre todo aquí, en la casa de Menorca. Sergio me deja a mi aire, yo creo que le gusta tenerme cerca para hablar y relajarse después de pintar. Tenemos costumbres muy parecidas: los dos somos callados, a los dos nos gusta levantarnos por la mañana muy pronto y bajar a la cala a darnos un baño, luego él sube al taller y yo me quedo leyendo junto a la piscina, o durmiendo al sol. A veces le hago visitas, le subo un zumo, o voy a comprarle tabaco al pueblo, porque me gusta hacerle recados a mi hermano, me gusta verlo contento. Otras veces cojo la bici y bajo sola a la playa y allí me encuentro con otros chicos que también están de vacaciones. Pero ninguno me parece tan interesante como Sergio. Procuro subir pronto para avisarle de la hora de comer y cocinar juntos. Comemos ensaladas muy grandes, que Sergio prepara tan concentrado como si las pintara, mezclando la zanahoria rallada, las anchoas, las aceitunas y por último un toque de color rojo con los pimientos, o el morado de la remolacha. Luego yo la aliño, revolviendo los colores, y nos comemos nuestra obra de arte en la terraza, a la sombra, refugiados del sol de mediodía.

Pero ahora Sergio está distinto. Fue desde que llegó un amigo suyo, Adrián, un modelo que conoce de la escuela de Bellas Artes. A mí no me cae ni mal ni bien, pero creo que a

Sergio le gusta mucho. Vino sólo para un fin de semana y ya lleva diez días. Y todo este tiempo el humor de Sergio ha ido cambiando de la alegría a la tristeza, de la tristeza a la alegría, y vuelta a empezar. Yo no quiero decirle nada, pero a mí me parece que Adrián no merece tanta preocupación. Por lo menos no merece que hayamos perdido la costumbre del primer baño de la mañana, porque ellos se quedan hablando hasta tarde, a veces en susurros que parecen cariñosos y otras a gritos contenidos, y Sergio se levanta tarde, con cara de sueño. Al taller ya no sube todos los días, aunque a veces se mete allí y no sale hasta la noche. Adrián mientras tanto toma el sol junto a la piscina, dibuja en un cuaderno —a veces me hace retratos, y dice lo mucho que me parezco a mi hermano—, o se baja al pueblo. Cuando me lo cruzo por la calle siempre anda con alguien. Le gusta mucho hablar con todo el mundo. Ahora que lo pienso, eso no me gusta nada de él; siempre tiene que estar diciendo algo. Aunque puede ser muy gracioso. El otro día, con una broma que no entendí, a mi hermano se le caían las lágrimas de la risa.

El humor de Sergio ha empeorado desde hace un par de días y parece más triste y pensativo que nunca. Se pasea por la casa sin hacer nada y luego se tumba en la terraza a mirar el mar. Cuando me echo en la tumbona a su lado, él me pregunta cosas, algunas de ellas muy tontas, pero le contesto porque sé que lo hace para distraerse. Me gustaría preguntarle qué le pasa, pero me da vergüenza; si no me lo cuenta, por algo será. Aunque esta tarde cuando

he ido a comprar al pueblo y me he encontrado con Adrián muy contento, besándose en una terraza con una chica rubia, he sabido que eso es lo que le duele.

Esta noche, durante la cena, Adrián está muy cariñoso con Sergio, pero él sigue serio y a la defensiva. Me mira a mí o al plato, evitando mirarle de frente. Adrián, con la copa que se toma después de cenar, parece decidirse y empieza a hablar de ella. Cuenta que también es pintora — yo pienso que de dónde salen tantos pintores, estoy un poco harta de los pintores y sus problemas—, que tiene un barco y que está haciendo escala aquí. Y luego que en el pueblo no hay alojamiento, y que ella está cansada de dormir en el barco. Y al final, como si hubiera estado pensándolo todo el rato y no se hubiera atrevido a decirlo, que si puede traerla a casa. Sergio se queda pálido. Le veo dudar y luego, en voz muy baja y de golpe, dice:

—No la conocemos.

Adrián clava sus ojos en él, y como si le lanzara un hilo invisible, mi hermano levanta la cabeza y el hilo se tensa entre sus miradas.

—Pero es amiga mía, Sergio. Ya sabes, las amigas de mis amigos son mis amigas.

—No te hagas el gracioso. ¿Y dónde se va a quedar?

No sé por qué mi hermano dice eso. Suena débil, a rendición. Me gustaría intervenir, defenderlo, ayudarle, pero sé que no puedo. Adrián se toma unos segundos y luego suelta:

—Puede compartir mi habitación. Sobre la cara de mi

hermano se posa una sombra, una máscara de viejo. Se queda callado mirando el techo, y en un susurro dice:

—Dos días, por favor, no más de dos días. Necesito concentración.

Adrián sonríe —tiene una sonrisa grande y blanca, que relampaguea un momento en medio de su cara— dice gracias, y se va a buscarla. Sergio se queda tumbado en el sofá, con un brazo cruzado tapándole los ojos. No puedo dejar de mirarle, quiero compartir su dolor o lo que sea eso que siente y que yo, de una forma extraña, siento mío y lejano a la vez. Le miro y le miro, afuera sopla una brisa que se lleva mi atención por la ventana, y cuando vuelve removiendo las cortinas siento que ya no hay nada que compartir, que todo ha pasado. Y entonces, cuando el sueño empieza a vencerme y me acurruco en el sillón, Sergio vuelve hacia mí su mirada apagada, y dice:

—¿Crees que me sentiría menos estúpido si no estuvieras delante, adivinando lo que siento?

No contesto, no sé, no quiero saber. Vuelve a hablar, pero yo cada vez entiendo menos:

—No dejes nunca que te menosprecie.

Me encojo de hombros. Prefería nuestra cercanía silenciosa de antes. Ahora empiezo a estar ya harta de adultos, adrianes y tristezas.

—Es curioso —dice él— me duelen sobre todo los amantes que ha tenido en el pasado.

Me pongo a mirar el suelo, «concéntrate en el dibujo de las baldosas, y no le escuches», quiero correr, lanzarme a la

piscina y mirar las estrellas desde debajo del agua. Parece que floten y que alargando la mano podría agarrarlas y hacerlas estallar; entonces soltarían su polvo dorado y en la piscina flotaría una lluvia de purpurina.

—¿Lo entiendes? —Pregunta Sergio.

Su voz me reclama; cierro los ojos, rebobino la conversación, vuelvo a escuchar que lo que más le duele son los amantes que Adrián ha tenido en el pasado y, desde el fondo de mi corazón, le contesto que sí. Sergio sacude la cabeza, y su risa de loco me asusta.

—Eres una niña desesperante.

Entonces me levanto y subo a mi cuarto, tan enfadada que los escalones de madera crujen bajo mis pies como un barco en una tormenta. ¡A la mierda tú, a la mierda Adrián, a la mierda la tía ésa! Me tumbo en la cama con muchas ganas de llorar, pero no puedo. A medida que se me va pasando la rabia, el cansancio me guía hasta el sueño. No sé cuánto tiempo pasa hasta que siento la cama moverse bajo el peso de Sergio.

—¿Por qué te has enfadado?

El sí parece haber estado llorando. Me da mucha pena, pero en seguida recuerdo mi mal humor anterior al sueño. Le digo que me deje en paz.

—Yo creo que te has enfadado porque te estaba hablando como si fueras mayor y luego te he llamado niña. ¿Puede ser? —Yo digo que sí con la cabeza—. No me dejes hacerlo más, ¿vale? La próxima vez me mandas a la mierda.

—A ver si te crees que estaba esperando a que me dieras

permiso.

Empieza a reírse, y yo, no sé por qué, quizás porque su risa suena de nuevo tierna, porque me gusta verle contento, porque desde hace tiempo quiero hacerlo o porque las sombras borran sus rasgos, yo me engancha a su cuello y le doy un beso largo en la boca, con la mía muy abierta, como queriendo aspirar sus secretos y dolores.

El también me besa. Quiero decir, que no se queda quieto recibiendo mi beso, sino que enreda sus labios en los míos, se anudan, se enfrentan, se enlazan, y por fin se separan. Sus ojos me miran, húmedos y abiertos, y yo siento mi respiración agitada.

—¿Por qué adivinas siempre lo que necesito? —Pregunta él junto a mi oído.

Estamos un rato mirándonos, y luego nos abrazamos y dejo de ver su cara, sintiendo sólo el cosquilleo de su pelo en el cuello, y el ritmo acelerado de su corazón.

—Ahora voy a irme, porque si siguiera besándote, mañana me ahogaría en un mar de culpas. Y no podría soportar tu aire de madurez y naturalidad.

Yo no contesto. Me está diciendo que no me va a besar más, y siento a la vez alivio y tristeza. Se levanta y desde la puerta, se vuelve a mirarme:

—¿Sabes lo que te digo? Que eres una listilla de mierda y no te soporto.

Y mientras avanza por el pasillo hacia su cuarto, su risa se mezcla con la mía, y como fantasmas flotan y bailan y se besan en el aire.

## LAS LILAS BLANCAS

Antes de que el abuelo muriera, nunca se me ocurrió que David y él tuvieran algún parecido. Debió de ser mi imaginación la que me hacía ver en los ojos de David la determinación del abuelo ateo y cabezota, y luego la sonrisa desparpajada de David en los labios descoloridos del abuelo muerto. Ocurría, por ejemplo, que David y yo nos besáramos sobre la hierba del Retiro y cuando abría los ojos en medio del beso, su pelo, en vez de rubio, me parecía ralo y canoso. «¿Qué te pasa?», preguntaba él (después de sacar la lengua de mi boca). Yo volvía a besarle apretando labios y mirada, porque la presencia del abuelo, además de confundirme, hacía que me sintiera culpable, como si mis suspiros cuando la mano de David buceaba espalda arriba para desabrocharme el sujetador impidieran su descanso eterno.

Llenándonos el pelo de pajitas y polen, llegó el verano. David pasaría las vacaciones en Santander y yo, como siempre, en el pueblo. El uno de agosto me monté en el coche, haciendo ostentación de mi tristeza como inútil forma de protesta. Las vacaciones me parecían una condena que tuviera que pagar por estar enamorada en momentos de duelo. No dije palabra durante el viaje, ni a